

tad de hierro, montó de nuevo sobre el fatigado corcel, dejó el pueblo de Popotla y se dirigió al vecino de Tlacopan (hoy Tacuba).

Los soldados estaban remolineando en la plaza sin saber cuál camino tomar. Aunque la mayor parte de los guerreros de aquella cabecera, la menor de las tres monarquías de la triple alianza, debían estar á la sazón en México, los moradores comenzaron á tomar las armas, acudiendo también á la pelea los de Azcapotzalco y Tenayocan; se hacía preciso dejar aquel lugar para no verse encerrado en las calles y combatido desde las azoteas. Puesto D. Hernando á la cabeza y guiando unos tlaxcalteca que decían saber el camino, dejaron á Tlacopan metiéndose por entre los maizales: los indios aumentaban más y más, rodeando la cansada columna, arrojando gritos de provocación y desafío, disparando flechas, piedras y varas. Arrastrándose penosamente, más bien que andando y combatiendo, llegaron al arroyo de Tepzolac, perdiendo en el camino intermedio á los dos hijos de Motecuhzoma, llamados Tlaltecatzin y Chimalpopoca; pasada la corriente y presentándose más allá algunas pequeñas alturas, siendo imposible pasar adelante, así por la fatiga como

dejamos en la retaguardia, y se escapó él, y por escaparse dió aquel gran salto, como suele decir el refrán: "Saltó y escapó la vida."—Cosa curiosa; el libelo en que se motejaba á Alvarado, se trasformó en una de las hazañas más renombradas del capitán.

El panegirista Solís, lib. IV, cap. XVIII, aplica una buena reprimenda á Bernal Díaz por su incredulidad, en que sólo me parecen buenas estas palabras: "que cuando se creyese (en el salto), dejaba más encarecida su ligereza (de Alvarado), que acreditado su valor."

Publicado el proceso de Alvarado, México, 1847, la cuestión quedó fuera de duda, demostrólo el Sr. D. José Fernando Ramírez, llamando la atención de los lectores.—La pregunta VIII del interrogatorio, pág. 4 y 5 dice: "Ítem si saben &c. que.... el dicho Cortés hizo capitán al dicho Pedro de Alvarado de la rezaga ó retaguardia con ochenta de caballo y quinientos peones y el dicho Cortés llevó la delantera y salió desta cibdad y pasó con su gente ciertos pasos malos que había en la calzada y estando desecha la dicha puente, que no había más de un madero por do pasar, el dicho Pedro de Alvarado se apeó y pasó el dicho madero dexando su caballo de la otra parte y toda la gente de que era capitán desamparada viniendo los enemigos tras dellos y cabalga a las ancas de un caballo de un escudero que estaba de la otra parte y se fue huyendo donde estaba Cortés el qual le preguntó si había pasado toda su gente y el dicho Alvarado le hizo entender que todos eran salidos y con esto el dicho Cortés comenzó á caminar y así se quedaron todos los cristianos que venían en compañía del dicho Pedro de Alvarado desamparados de capitán que los

porque los guerreros indios cargaban con fuerza, mientras Cortés con los veinte y cuatro caballos que le quedaban mantuvo la llama, se apoderaron de un teocalli ahí existente, estableciéndose lo mejor que pudieron para descansar y defenderse: seguros los peones, la caballería se retiró también al templo. (1) Los otomíes del pueblo de Tocalhuican les dieron algunos víveres y aun les proporcionaron algunos hombres para llevar el fardaje. (2)

Ahí se hizo alarde de la gente, pudiéndose conocer definitivamente la pérdida sufrida. Se vió faltaban sobre seiscientos castellanos y ochenta y tantos caballos: de los principales capitanes, el caballero Juan Velázquez de León comandante de la rezaga, en compañía de Alvarado, Francisco de Salcedo, Francisco de Morla y un muy buen jinete apellidado Lares. De los de Narvaez perecieron la mayor parte, ya por bisoños ya por codiciosos. "De los nuestros tantos " más morían, cuanto más cargados iban de ropa, de oro y joyas; ca " no se salvaron, sino los que menos oro llevaban, y los que fueron " delante, ó sin miedo, por manera que los mató el oro, y murieron

acabdillos (acabdillase) y los indios los mataron todos, digan lo que saben" &c.—Más ó menos conformes respondieron los testigos; el mismo Pedro de Alvarado descargándose, pág. 68—69, dijo:—"quel dicho cargo en tal coyuntura no se me había de poner por que saliendo de guerra como salimos e a tanto peligro de nuestras personas e con la muchedumbre de enemigos que avia por las azoteas e calles e pasos peleando e syendo de noche e oscuro e saliendo desta cibdad en la retaguardia los

(1) El arroyo de Tepzolac corresponde al río de Atzacapotzalco ó de los Remedios.—En este sitio en donde se rindió la primera jornada existía ya en 1534 una ermita consagrada á Nuestra Señora de los Remedios, cuyo santuario subsiste todavía. Muchos autores dan al sitio el nombre de Otoncapolco, á lo cual observa el P. Alzate, *Gazeta de literatura* de 2 de Octubre 1792, que Otoncapolco dista tres cuartos de legua de los Remedios, refiriendo que en su tiempo existían el templo y las fortificaciones de aquel pueblo de Otomíes.—Acerca de la identidad del lugar tenemos: "160. Ítem, si saben que yendo el dicho D. Hernando Cortés así, los capitanes e la xente que había dexado de caballo en la retaguardia, recibían mucho daño, e les mataban mucha xente los enemigos, e si saben quel dicho D. Hernando Cortés volvió á tomar la retaguardia, e peleó hasta sacar la xente e la llevó al sitio donde agora llaman Nuestra Señora de los Remedios." Interrogatorio, Doc. inéd., tom, XXVII, pág. 364.

(2) *Cartas de Relac.* pág. 144.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Sahagun, lib. XII, cap. XXV y XXVI.—Teocalhuican ó Tencalhuyacan como le llama el P. Sahagun, era un pueblo de otomíes fundado en aquellos contornos: ha desaparecido ó cambiado de nombre, mas se le menciona en el Códice Mendocino.

ricos. (1) Sobrevivieron pocos de los aliados, y de los prisioneros y su astrología, *ia-itjatzin*: "al astrólogo Botello, no le aprovechó á Cortés, con las otras princesas y mujeres de la tropa, quedaron en las puentes. La artillería, la pólvora, el fardaje, la yegua con el oro y el paje Torrecicas, los indios cargados de oro, sirvieron para colmar los fosos, sacando los fugitivos pocas ballestas. Salváronse los intérpretes Aguilar y Marina, Doña Luisa, la hija de Xicotencatl y el constructor de los bergantines, Martín López. Tan profunda fué la impresion causada en el ánimo de los conquistadores por aquella sangrienta rota, que bautizaron la jornada con el epíteto significativo de la *Noche triste*. La causa del desbarato se comprende. Falta militar fué, en nuestro concepto, salir de noche y lloviendo; el día anterior, sin emplear la fuerza total del ejército, D. Hernando se había abierto paso con algunos jinetes hasta la tierra firme. En las tinieblas, durante la lluvia, en la estrechura de la calzada, los conquistadores no pudieron utilizar la caballería ni las armas de fuego, principales elementos sobre los indios. Los peones no atinaron á

que yvan con migo me dejaron e desampararon e como yva huyendo e ser de noche no los podía capitanear é por esta cabsa los enemigos los mataron como á mi que me hirieron malamente, é me mataron el caballo e en todo este tiempo en todo lo a mi posible yo los capitaneé e hize todo lo que devía e hera obligado como buen capitán e cavallero animandolos e esforzandolos hasta que me dexaron solo é mal herido e el caballo muerto e viendome desta manera pase el dicho paso e no me lo havian de tener á mal ni darmelo por cargo pues fue milagro poderme escapar e no lo pudiera hacer sy no fuera porque uno de cavallo estaba de la otra parte que era Cristobal Martín de Gamboa que me tomó á las ancas de su caballo e me sacó." &c. —Conformes entre sí, la pregunta del interrogatorio, las declaraciones de los testigos presenciales, la confesion del interesado, resulta, que no hubo salto chico ni grande y que el capitán Pedro de Alvarado pasó el foso por la viga ó madero que del puente quedaba.

"Parece fuera de duda, dice el Sr. Ramírez, que el famoso salto de Alvarado, tan encomiado por nuestros historiadores y cuya tradicion aún se conserva en el nombre de uno de los barrios de esta ciudad, no fué más de una conseja, ó algo peor, segun Bernal Díaz, un acerbo epígrama, que cultivado por la propension natural á creer en lo maravilloso y madurado por la tradicion de más de tres siglos, llegó al fin á tomar asiento entre las verdades históricas que nadie se atrevía á contradecir."

(1) Gomara, Crón. cap. CIX.

guardar la formacion de ordenanza, mezclados como iban con las mujeres y los bagajes: nótese que los jefes no se portaron todos con su acostumbrada bizarría, echándoseles de ménos al frente de sus respectivas divisiones. El oro los mató tambien; marchaban demasiado cargados del codiciado metal para estar listos á combatir ó franquear los obstaculos; "y si de Narvaez murieron muchos más que de los de Cortés en las puentes, nos dice Bernal Díaz, fué por salir cargados de oro, que con el peso dello no podían salir ni nadar." (1)

Falta militar imperdonable aparece en Cuitlahuac, no haber rematado su victoria, persiguiendo á los fugitivos hasta exterminar-

(1) No es posible conocer á punto fijo la pérdida de los castellanos en la Noche triste. Cortés, Cartas de Relac. pág. 145, dice haber perecido 150 hombres, 45 yeguas y caballos y más de dos mil indios de servicio. Evidentemente éste es el cálculo más bajo y tambien el más lejano de la verdad. Copia esta version Oviedo, lib. XXXIII, cap. XIV.

Segun las cuentas de Herrera, déc. II, lib. X. cap. XII, se perdieron 290 castellanos, 45 caballos y 4,000 indios amigos. Le sigue Torquemada, lib. IV, cap. LXXII.

Asegura el P. Sahagun, lib. XII, cap. XXIV, haber quedado sólo en la cortadura de Tloteacaacalopan, 300 españoles y más de 2,000 aliados.

Gomara, Crón. cap. CIX, pone 450 españoles, 46 caballos y 4,000 indios amigos. Adoptan la misma cifra, Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS. y Muñoz Camargo, Historia de Tlaxcallan, MS.

En la Probanza hecha á contento de D. Hernando, pregunta diez, asegura que murieron más de doscientos cristianos, cincuenta y seis caballos y más de dos mil indios. Doc. de García Icazbalceta, tom. 1, pág. 425.

Bernaldino Vázquez de Tapia sube el número á cerca de 600 hombres y ochenta y tantos caballos. Proceso de Alvarado, pág. 38.—El mismo testigo declarando en la Residencia tomada á Cortés, tom. 1, pág. 42, dice: "é murieron dentro de la ciudad é fuera más de ochocientos onbres poco más ó ménos."

Bernal Díaz, cap. CXXVIII: "Digo que en obra de cinco dias fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tuxtepeque, y á cinco mujeres de Castilla."

Juan Cano, platicando con Oviedo, (lib. XXXIII, cap. LIV), le refirió que la pérdida en la ciudad y durante el camino para Tlaxcalla consistió en más de 1,170 castellanos y más de 8,000 indios.—Estas cifras vienen á formar el extremo por la parte exajerada. Adoptamos el término medio.

En cuanto á la fecha de la jornada, Gomara, Bernal Díaz, Ixtlilxochitl, &c. aseguran haber sido el diez de Julio. Cortés señala exactamente su entrada en México á veinte y cuatro de Junio y su llegada á tierras de Tlaxcalla el *Domingo ocho de Julio*: todos los sucesos van conformes con estas fechas. Imposible es admitir el diez de Julio para la Noche triste, y la verdadera fecha que le corresponde es el domingo primero. Tal vez haya consistido el error en que aquellos autores, al ménos Gomara, escribiera 1° en numeros, transformados en 10 por los copiantes y vueltos definitivamente diez.

los. Se ha explicado el hecho de esta manera: "Fué Dios servido de que los mexicanos se ocuparan en recoger los despojos de los muertos y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagaje, y de sacar los muertos de aquella acequia, y los caballos y otras bestias; y todo lo echaron en unos piélagos que estaban allí cerca, de manera que quedó limpia el acequia de todo lo que allí había caído, y por esto no siguieron el alcance, y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos." (1) Es verdad que los méxica se habían ocupado en limpiar las cortaduras y fortificar de nuevo la calzada, mas no únicamente para aprovechar los despojos, sino porque estando encastillados en el cuartel los soldados que se habían vuelto de la rezaga, los cuales se defendían animosamente, Cuitlahuac porfiaba por destruirlos, estando detenido con su ejército ante aquel obstáculo. Muy militar era acabar primero con el enemigo refugiado en la ciudad, ántes de salir contra el del campo; dejar inexpugnable la calzada á fin de evitar la salida de los unos y la vuelta de los otros. (2)

Aquella noche en Totoltepec los fugitivos encendieron grandes

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXV.

(2) Conocemos lo inadecuado de interrumpir frecuentemente la narracion con largas notas de controversia ó discusion; pero no nos ocurre medio de evitarlo, ya que establecemos algunos hechos los cuales es indispensable probar. La vuelta al cuartel de una parte de la rezaga nos parece confirmada plenamente.

Gomara, Crón. cap. CIX, pone: "esto es muy de creer, que todos se concertasen, y no lo que algunos dicen, que Cortés se partió los encierros atapados, y que se quedaron más de docientos españoles en el mismo patio, y real, sin saber de la partida, á que despues mataron, sacrificaron y comieron los de México, pues de la ciudad no se pudiera salir, quanto más de una mesma casa, Cortés dice que se lo requirieron."—Gomara fue informado por los conquistadores y aún escribía por los dichos de Cortés; así es que, no obstante su duda, relata el rumor adoptado por los testigos presenciales.

Herrera, déc. II, lib. X, cap. XII, escribió por documentos fehacientes y por relaciones escritas de los conquistadores, y escribe: "Con este trabajo salieron los castellanos á la tierra firme, quedando muertos ciento y cincuenta soldados, con cuarenta presos, que fueron sacrificados, y ciento que se volvieron á la torre del templo, á donde se hicieron fuertes tres días, y por la hambre se dieron y murieron la misma muerte."—Síguele Torquemada, lib. IV, cap. LXXII.

Juan Cano, casado con Doña Isabel, hija de Motecuhzoma y esposa que había sido de Cuauhtemoc, aseguró á Oviedo, lib. XXXIII, cap.: "Bien se quien era esse (Botello) y es verdad que fué de parecer que Cortés é los chripstianos se saliesen; é al tiempo de efectuarlo no lo hizo saber á todos: antes no lo supieron sino los que con él se hallaron á essa plática, é los demas que estaban en sus aposentos é quarte-

lumbres con la leña acopiada en el teocalli; curaron á los lastimados apretándoles con mantas las heridas, muy hinchadas y dolorosas por la irritacion; tomaron algun alimento del traído por los otomies, tendiéndose en seguida por el suelo para reparar los fatigados miembros. Algunos no obstante el cansancio velaban, porque los guerreros de la comarca, reunidos al pié de la altura daban grita, tirando piedras y flechas: el rumor se fué sosegando paulatinamente, á medida que las horas fueron avanzando. A la media noche, es decir, al principiarse el lunes dos de Julio, D. Hernando despertó á los suyos; los heridos, los cojos apoyados en bordones, las pocas mujeres que aún quedaban, fueron colocados en el centro de la hueste; pusieron á quien no podía andar á la grupa de los caballos; los cuatrocientos ó quinientos peones formaron una columna compacta, flanqueada por los veinticuatro jinetes, yendo á la descubierta ó interpolados, los seiscientos tlaxcalteca sobrevividos á la matanza.

Dejando encendidos los fuegos, la hueste bajó en silencio la cuesta, siguiendo á D. Hernando puesto á la cabeza con los guias tlax-

les se quedaron, que eran doscientos é septenta hombres, los cuales se defendieron ciertos dias peleando, hasta que de hambre se dieron á los indios é guardáronles la palabra de la manera que Alvarado la guardó á los que dicho. E así los doscientos é septenta chripstianos, é los que dellos no avian seydo muertos peleando, todos quando se rindieron fueron cruelmente sacrificados."

El Peregrino Indiano, Canto XIII, pág. 213, puso:

Quedáronse dozientos reçagados
Que allí se los dexó su desventura.

En el Códice Ramírez, MS. encontramos: "Los mas cobdiciosos del ejército no queriendo dejar el oro y plata que habían robado, se ocuparon en hacer baules para llevarlo consigo, y al tiempo que comenzó á caminar D. Hernando Cortés unos se quedaron algo atrás para llevar su oro y plata, y otros en el palacio real aliándolo y á los miserables que se habían detenido en las casas reales por cobdicia de no dejar los despojos, los cogieron á unos en la plaza, y á otros dentro; dizen que murieron en la hoya trescientos hombres españoles sin los que cogieron en la ciudad y casas reales, los cuales fueron cerca de quarenta que los sacrificaron delante de su ídolo sacándoles el corazón."

Sigue esta misma version el P. Acosta, estampando en el lib. VII, cap. XXVI. "Muchos, por guarecer el oro que tenían, no pudieron escapar: otros, deteniéndose en recogerlo y traerlo, fueron presos por los mexicanos, y cruelmente sacrificados ante sus ídolos."

En los fragmentos MSS. que siguen al Códice Ramírez, encontramos: "mas al fin se fueron y los tristes que quedaron en la casa fuerte, segun dicen los viejos y en sus pinturas está pintado, hizieron los mexicanos fiesta con ellos y su carne."

calteca. Sentida á poco por los escuchas enemigas, que apellidaron á los guerreros, la algazara y la pelea se hacían más ó menos vivas segun acudía ó se retiraba la gente de los pueblos comarcanos: aquellos rebatos sin órden ni concierto, más eran manifestaciones personales de los habitantes de la comarca. La penosa y lenta marcha de los heridos, pararse de continuo á resistir el golpe de los contrarios, hacía el avance lento y difícil. Al amanecer, cinco de á caballo lograron desbaratar los escuadrones puestos al paso, con lo cual la hueste pudo subir las cortas alturas, llegó á Palacoayan cuyo pequeño pueblo quemó y destruyó, apoderándose de los víveres, bajó á la llanura de Atizapan y ántes de medio día logró refugiarse en el pueblo de Teocalhuican. Era un pueblo de otomés, parientes de los de Tlaxcalla, cuyo señor Otocoatl, ya por el parentesco, ya por el odio de raza con los méxica, recibió con amor á los fugitivos, dándoles víveres y áun algunos hombres para acompañarlos. Quejaronse aquellos bárbaros del mal tratamiento de los de México, á lo cual respondió D. Hernando: "No tomeis pena aunque me vaya, que yo volveré presto, y haré que esta sea cabecera, y no sujeta á México, y destruiré á los mexicanos." (1) Los castellanos se aposentaron en el teocalli, pasando con seguridad la noche.

Sin embargo de cambiar en los pormenores, las tradiciones españolas y mexicanas están conformes, en que los méxica tomaron cierto número de prisioneros dentro del cuartel despues de la salida de D. Hernando. Absolutamente falsa nos parece la version de que aquellos soldados hayan sido abandonados por Cortés, pues además de constar que ordenó á Ojeda recorrer los aposentos para avisar á los remisos, en aquellos momentos de apuro tenía la necesidad urgente de contar con el mayor número posible de soldados. Mas visos de verdad tiene, aunque no se presenta bien justificado, que aquellos rezagados se quedaran por cargarse del oro abandonado. Supuesta la presencia de los castellanos en el cuartel, la version más natural es la adoptada por nosotros, fundada en Herrera; aquellos soldados formaban parte de la rezaga; cortados de sus compañeros por la pérdida del puente portátil en la primera cortadura, se replegaron al cuartel, se encastillaron de nuevo, peleando por tres días hasta tener que entregarse por falta de víveres. Ante este episodio de la gran epopeya, no se ha detenido la consideracion de los escritores modernos, no sabemos por cuáles respetos. Prescott, tom. 2, pág. 56, nota 36, hace mérito del dicho de Juan Cano; mas calificándole de cuento inverosímil lo pasa de largo, sin detenerse á meditar en las afirmaciones de los demas autores.

(1) Sahagun, cap. XXVI, primera relacion.—Cartas de Relac. pág. 145-46.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—La discusion del itinerario la encontrará el lector en el Diccionario Universal de Hist. y Geog., en el artículo intitulado: Itinerario del ejército español en la conquista de México.

Martes tres de Julio abandonaron á Teocalhuican. Unida la hueste y en formacion compacta, protegida por los jinetes, marchó abriéndose por donde quiera se presentaron los indios; atravesó los rios de Cuauhtitlan y Tepotzotlan, costeó las riveras occidentales del lago de Tzompanco, deteniéndose en la orilla boreal, en el pueblo de Citlaltepec: la jornada fué de unas siete leguas. Los moradores, sin hacer resistencia huyeron á los pueblos comarcanos, dejando abundantes provisiones; por este motivo, para dar reposo á los heridos y dejar se repusieran los caballos, permanecieron ahí todo aquel día y el siguiente miércoles cuatro. El maíz ahí encontrado dió lo suficiente para llevar despues al camino alguna cantidad de tostado ó cocido. (1)

Hacia este tiempo, los castellanos encastillados en México, despues de defenderse valientemente por tres días, se entregaron vendidos por el hambre. Aunque la tradicion no lo dijera, debiamos admitir sufrieron la suerte de todos los prisioneros de guerra; fueron sacrificados á los dioses y sus carnes comidas por los vencedores. Ignoramos si segun las costumbres sufrieron inmediatamente aquella suerte atroz, ó los conservaron para inmolarlos en la festividad de la coronacion del nuevo rey. Se desprende claramente de los hechos, que libre Cuiclahuac de los enemigos de la ciudad, volvió su atencion á los del campo, juntando ejército para ir á combatirlos.

La hueste española dejó á Citlaltepec el cinco de Julio. Combatida en el camino, aunque no de una manera vigorosa, fué á pernoctar en el pueblo de Xoloc, abandonado por los habitantes. La marcha, comenzada al O. de la capital y proseguida luego hacia el N., tomaba ahora al E., verdadero rumbo para Tlaxcalla. Puesta en movimiento el siguiente día seis, los enemigos combatieron constantemente la columna; presentáronse en mucho número, y atacaron principalmente la rezaga. Cortés con cinco jinetes y diez peones intentó apoderarse de un pueblo; mas fué rechazado quedando herido de dos pedradas en la cabeza; proseguida la marcha, los méxica apretaron con brio matando á dos castellanos y el caballo de Cristóbal Martin de Gamboa. Urgida por el cansancio la hueste, hizo noche en Zacamolco, pueblo abandonado por los vecinos, situado en el cerro de Aztaquemecan, cuyas faldas se llamaban Tonan. Mu-

(1) Cartas de Relac. pág. 146.